

BAAL BABILONIA

Fernando Arrabal, 1958

El narrador, gravemente enfermo, visita a su madre por última vez. Es un encuentro propicio para el ajuste de cuentas. Sin embargo, el narrador, atenazado entre la veneración y el reproche, apenas es capaz de pronunciar algún monosílabo. Escucha. Piensa. Su discurso interior, plagado de repeticiones, como los rezos, es la monodia de un español marcado por una guerra de la que no guarda ningún recuerdo. Todo lo que evoca pertenece a una posguerra con padre ignoto y madre entrevista. Arrabal bien podría decir de este texto lo que quince años más tarde diría Cela de su *Oficio de tinieblas* 5: “esto no es una novela sino la purga de mi corazón”.

Aunque el relato se inició en 1951, cuando Arrabal tenía 19 años y trabajaba en la Papelera Española, en Tolosa, solo tomó cuerpo entre 1956 y 1957, periodo en que el autor estuvo internado en un hospital para tuberculosos de Bouffémont, al norte de París. Consta de ochenta capítulos muy cortos, una o dos páginas, a manera de escenas que se suceden sin orden temporal ni espacial, dando lugar a una estructura marcada por los giros inesperados, pero sólida en su progresión. La numeración final de los capítulos fue decidida por el autor en 1958, año en que se publicó el libro. Se conocen al menos dos manuscritos, o dos versiones del mismo manuscrito, con cambios sustanciales de contenido y orden.

En los fragmentos siguientes he agrupado las escenas por tema, aunque manteniendo la numeración preferida por el autor.

Apunte histórico

Babilonia fue la capital de un imperio fundado en Mesopotamia a finales del siglo XVIII aC. Los babilonios eran politeístas, o sea que tenían varios dioses: Marduk, Baal... Entre los hebreos del ochocientos y pico aC, Baal era la divinidad opuesta a Yahvé. O sea, el dios de los malos. Lo había impuesto la perversa reina Jezabel. Escandalizado por el rumbo impío de su pueblo, el profeta Elías propuso a los sacerdotes idólatras una confrontación entre los poderes de Baal y Yahvé. La Biblia dice que ganó Yahvé. Para celebrar su victoria, Elías hizo que sus seguidores matasen a los sacerdotes baalianos. Entonces, Jezabel, que tenía muy mal perder, condenó a muerte al profeta, obligándolo a huir al desierto.

Apunte biográfico

Fernando Arrabal nació en Melilla el 11 de agosto de 1932. En 1955 se estableció en París. Durante el alzamiento, su padre, teniente, se mantuvo leal a la República, por lo que fue condenado a muerte. La pena le fue conmutada por treinta años de prisión que pasó en los penales de Melilla, Ceuta (donde intentó suicidarse), Ciudad Rodrigo y Burgos. Tras fingir enajenación mental, fue trasladado a un hospital, del cual se escapó en 1942, sin que se haya vuelto a saber nada de él. Por su parte, la madre dejó a Fernando en Ciudad Rodrigo y se fue a trabajar a Burgos, sede del gobierno de los insurrectos. Al finalizar la guerra, se trasladó a Madrid, llevando consigo a su hijo. Para su disgusto, este se negó a seguir la carrera militar y en 1949 lo envió a Tolosa. En 1952, Fernando regresó a Madrid para estudiar Derecho. En 1955 viajó a París con una beca de estudios. Poco después, sufrió una recaída de tuberculosis. Esta “desgraciada suerte”, como él la llama, determinó su permanencia definitiva en esa capital.

FRAGMENTOS

Mamá

1. En un sobre guardas un montón de fotografías. Muchas de las fotos tienen una firma ilegible. Ahora ya sé de quién es. En casi todas las fotografías estamos tú y yo.

3. La última vez que fui a verte distinguí que tenías los cabellos blancos. Cuando me fui a ir, no quisiste abrir la luz del pasillo para no gastar tanto contador.

4. Por la mañana, ibas descalza y correteabas de un lado para otro. En Madrid, los hombres te miraban, recuerdo que tuve que intervenir varias veces. Aquel día que me llevabas de la mano por la calle y que aquel hombre se puso a tu lado para decirte cosas, recuerdo que le di un empujón y que le insulté. Correteabas por la casa, descalza. Cuando volvías de la oficina cansada, te desabrochabas la faja delante de nosotros y entonces yo me iba de la habitación. Por la mañana, oía cómo correteabas descalza por la casa.

5. Llegamos a la plaza y nos sentamos en el tablado. Tú estabas en la capital. Cuando volviste a Villa Ramiro [nombre ficticio de Ciudad Rodrigo] te lo conté todo.

7. Y yo te pregunté si tú también te morirás.
Y tú me dijiste: "Sí".
Y yo te pregunté si para siempre.
Y tú me dijiste: "Sí".
Y yo te dije: "¿Y entonces, eso del cielo qué?".
Y tú me dijiste que eso venía más tarde.
Y yo te pregunté que quién lo había inventado.
Y tú me dijiste: "¿Qué?".
Y yo te dije: "Lo de morir".
Y tú me dijiste: "Nadie".
Y yo te dije: "¿Y lo otro?".
Y tú me dijiste: "¿Qué otro?".
Y yo te dije: "Lo del cielo".
Y tú me dijiste: "Nadie".

9. [Primer fragmento de la visita a su madre iniciada en el capítulo 3.] "No soy más que una pobre mujer sin cultura y sin formación que ha hecho todo lo que ha podido por vosotros. ¿Qué otra madre sabes tú que haya hecho una cosa parecida? Yo no he sido nada más que una pobre mujer que se quedó en seguida sin marido y que, sin nadie que la aconseje, ha tenido delante de ella una situación difícilísima de la que solo ha salido adelante gracias a su trabajo".

10. El día de tu santo venías a Villa Ramiro. Tú tomabas un helado de fresa. Yo tomaba, como tú, un helado de fresa. Paseábamos por la alameda. Yo te preguntaba que quién había hecho el puente y tú me respondías que los romanos. Y yo te preguntaba que quién había hecho el castillo y tú me respondías que el rey Enrique de Trastámara.

16. [Segundo fragmento de la visita.] "Toda la vida sacrificándome por vosotros, toda la santa vida. Bien sabía que un día no solo no me lo agradeceríais, sino que encima

me reclamaríais más. Pero no me importa, hijo mío: si lo que siempre has deseado es hacerme sufrir, hazme sufrir. Mi ideal siempre ha sido portarme como Dios manda y creo que lo he logrado. Ya dice el Evangelio que hasta el más santo de los hombres peca siete veces al día. Yo no puedo ser santa. Pero he procurado no cometer ninguna falta nunca”.

22. [Tercer fragmento de la visita.] “Hice cuanto estuvo en mi mano por todos y especialmente por papá y por ti. Tengo la conciencia bien tranquila. Apréndelo de una vez: otra madre os hubiera puesto a trabajar a ti y a Elisa desde que tuvierais la mínima edad: a ti de botones y a ella de modista; pero yo preferí sacrificarme”. Otras veces lo que decías es que otra madre nos hubiera metido a los dos en la inclusa. Hubo otras temporadas en las que lo que decías que cualquier otra madre nos hubiera abandonado en cualquier rincón.

29. [Cuarto fragmento de la visita.] En ocasiones te parabas para llorar; luego me decías: “Bueno, tengo que sobreponerme”. En ocasiones, terminabas una frase suspirando. Otras veces, comenzabas una frase suspirando. Incluso, a veces, en mitad de una frase, suspirabas.

30. Los domingos, como no tenías oficina, juntos, íbamos a misa. Yo ayudaba a misa cuando llegaba la comunión, era yo quien ponía la bandeja dorada debajo de tu barbilla y tú, entonces, sacabas la lengua —era roja y húmeda— y cerrabas los ojos. No podía decirle al sacerdote que tú eras mi madre porque, como estaba en misa, no podía hablar. Al final te iba a buscar; así todo el mundo se daba cuenta de que tú eras mi madre.

33. Cuando me regalaste una fotografía tuya, mamá, me pusiste una dedicatoria, mamá: “A mi querido hijo, aviadorcito en ciernes”. Me dijiste, mamá, que el uniforme es muy bonito, mamá, y que las chicas se enamoran siempre de los cadetes, mamá, y que sería el honor de la familia, mamá. Días más tarde, mamá, te dije que no, mamá. Tú, mamá, me dijiste que me echarías de casa, mamá, y me llamaste mariquita, mamá. Luego, mamá, te dije que sí, mamá. Y tú, mamá, me besaste. [En veinte líneas, la palabra *mamá* aparece 26 veces.]

35. [Quinto fragmento de la visita.] Tú dijiste más fuerte que no tenía derecho a jugarse su porvenir y el de sus hijos. “Ahí tienes la diferencia: yo siempre dispuesta a toda clase de sacrificios, y él, sin preocuparse ni un momento de nosotros, se juega el porvenir, no solo el suyo, sino el de sus hijos, por sus ideas. Su deber era ponerse al lado del orden, de la moderación. Pero él se puso al lado de la anarquía, al lado del desorden. Si hubiera cumplido con su deber, hoy estaría al lado de los vencedores. Hoy sería un padre como Dios manda. Pero él todo se lo jugó por sus ideas”.

42. [Sexto fragmento de la visita.] “¿Cómo quieres que te haya hablado de tu padre? ¿Para qué te iba a hablar de él? ¿Para que te sintieras desgraciado pensando que tenías un padre indigno? Mi conciencia está bien tranquila. He obrado cumpliendo mi deber de madre y mi deber de esposa. ¿Cómo voy a cometer la crueldad de revelar a mis hijos todos los defectos y pecados de su padre? Y apréndelo, no toleraré que en mi presencia hables mal de él, por mucho que se lo merezca”.

43. Cuando íbamos al Retiro contigo tú llevabas un traje blanco. Cuando dabas la vuelta, la falda se te levantaba casi como a las bailarinas. Tenías los labios rojos y el

pelo negro y ondulado. Las mamás de los otros niños no tenían ni el pelo negro y ondulado ni el traje blanco que se levantaba al dar la vuelta. Cuando volvíamos a casa, te quitabas los zapatos y, descalza, correteabas de un lado para otro. Luego te desabrochabas la faja delante de nosotros y yo me iba de la habitación.

48. [Séptimo fragmento de la visita.] “¿De qué le servía negar los hechos? Eran cosas que conocía toda Melilla. Pero él lo quería negar a sus jueces. ¿Para qué? Nada más que para aumentar el castigo que le podían infligir. Qué diferente hubiera sido si hubiera confesado desde el primer momento, como yo le dije que hiciera. Pero siempre fue un débil, nunca tuvo carácter. Y yo te aseguro que no inventé nada. No dije más que la verdad. Pero él no solo no me dio las gracias, sino que me injurió. Cuando más me he sacrificado por él y por vosotros, es cuando menos me lo habéis agradecido. Pero hoy te revelo todo esto, quiero que sepas que tu padre llegó a insultarme y a decirme que lo había denunciado. ¡Cómo se destroza con todo esto mi pobre corazón de madre mártir!”

49. Me decías que mirara mi silueta en el espejo para asegurarme de que iba bien derecho. Tú te sentabas en una silla y esperabas a que yo entrara. Cuando entraba en el cuarto, me miraba en el espejo, avanzaba hacia ti y te besaba la mano. Pero cuando llegaban las señoras a visitarte, yo no les besaba la mano y tú me castigabas, y yo te decía que me daba mucha vergüenza.

54. [Octavo fragmento de la visita.] A veces estirabas tu mano para acariciarme la cara y entonces yo me separaba. “He hecho mal en no enseñarte nunca la carta del director de la prisión. No he querido enseñártela porque no he querido que supieseis ciertas cosas. El director de la prisión me dice que bien se ha dado cuenta, por las cartas que le escribía a tu padre, de que soy una auténtica mujer española y cristiana. Luego, más de la primera mitad la dedicaba a elogiarme y a reconocer todas las dificultades que tenía para poder sacar adelante a mis dos hijos. Si me la hubieras pedido, te la hubiera dejado. ¿Qué necesidad tenías de ir, como un ladrón, a mi aparador aprovechando mi ausencia para leer esa carta? Mis errores siempre fueron insignificantes y sin mala intención, mientras que los de tu padre fueron conscientes, premeditados y monstruosos. El director dijo que no escribiera más cartas como las que había escrito a mi marido, porque, según decía, después de su tentativa de suicidio había sufrido una gran depresión. Por eso le obedecí: no le volví a escribir”.

55. Cuando llegaste a Villa Ramiro, leíste mi poema en el comedor: “Mi mamá es la más bonita flor, / que Dios la guarde con candor. / Yo la quiero de más en más / y no la olvidaré jamás”. Y tú, mamá, ¿lo has olvidado?

60. [Noveno fragmento de la visita.] “¿Qué hubieras pensado si yo me hubiera suicidado al quedar sola con vosotros? Hubieras pensado que era una madre indigna, capaz de abandonar a sus hijos en el momento que más la necesitaban. Él estaba en prisión; cuánto hubiese yo dado por estar allí, sin preocupaciones, sin tener que luchar por sacar a mis hijos adelante.

61. [Tras nombrar todas las mujeres que conoce.] Ninguna de ellas, mamá, ninguna era como tú. Ninguna tenía la lengua húmeda ni las rodillas blancas como tú, mamá, ninguna.

64. [El narrador repasa los mandamientos con su madre.] Y yo te pregunté qué quería decir no fornicar. Y tú me dijiste: “Significa que no hay que fornicar nunca”. Y yo te dije: “¿Cómo?”. Y tú me dijiste: “¿Qué?”. Y yo te dije: “Que cómo no fornicar”. Y tú me dijiste: “No fornicando”. Y luego te dije: “¿Pero cuándo?”. Y tú me dijiste: “Pues nunca”. Y yo te dije: “¡Ah!”. Y luego te dije: “¿Es una de esas cosas para mayores?”. Y tú me dijiste: “Sí”.

66. [Décimo fragmento de la visita.] “Tu padre no es que se volviera loco en la cárcel, tu padre siempre estuvo loco. Y que Dios me libre de decirte nada malo de él, de mi marido amantísimo. Otra mujer se hubiera vuelto a casar y os habría dado un padrastro. Así hubiera dejado de trabajar y de sufrir, pero yo no he querido hacerlo; en primer lugar, porque os he amado tanto, que solo vuestra felicidad contaba para mí y, en segundo lugar, porque solo podré amar a un hombre en mi vida: a mi marido. Vuestra obligación de hijos es agradecer todos mis esfuerzos y sacrificios. Otros hijos habrían besado el suelo que yo piso. Un hombre en sus cabales no habría obrado como obró. Pero lo que no te tolero es que pienses mal de él. Le tienes que recordar, amar y respetar a pesar de todo, como lo recuerdo, le amo y le respeto yo”. [El leísmo recalcitrante de Arrabal vacila en alguna ocasión: “lo recuerdo, le amo”.]

67. Lo construí en Villa Ramiro con una caja de cartón [un guiñol]. Ni Elisa, ni tía Clara, ni abuelo, ni abuela, asistían a las representaciones. Solo asistías tú. Ahora, como tú no estás aquí, yo las hago para mí solo.

72. [Undécimo fragmento de la visita.] “Yo no busqué nada más que tu felicidad. Yo, ¡pobre de mí!, con la mejor intención del mundo, Dios lo sabe, supuse que para ti, nada sería mejor que ser militar. Hoy serías oficial. Tendrías un buen sueldo, una colocación y una situación de prestigio. No puedes imaginarte el dolor tan grande que fue para mí tu falta de aplicación [...] Si cuando caíste enfermo, no hice contigo ningún extraordinario fue, que lo sepas bien, primero, porque con mi sueldo miserable no podía hacer más de lo que hice; segundo, porque yo no conocía la gravedad de tu enfermedad, y tercero, porque supuse que era un truco para no estudiar. Y tú, tomándote la justicia por tu mano, te fuiste de mi lado. Mi corazón ha quedado destrozado, pero te dejo que hagas lo que quieras, a pesar de que, como menor de edad que eres, podría hacerte volver. Pero, como siempre, lo que cuenta para mí es la felicidad de los demás y no la mía.”

78. [Duodécimo y último fragmento de la visita.] “Papá murió. Quizás haya sido mejor para todos. No olvides que hasta Dios castiga a los culpables. La Biblia dice: “Castigaré a Baal en Babilonia”. [Baal son los republicanos; Babilonia, la República.] Pero yo no tengo nada en la conciencia. Dime que piensas que he sido una buena madre y una buena esposa”. Te dije que sí y lloraste. “Pídeme perdón”. Te pedí perdón y lloraste. “Bésame”. Te besé y lloraste.

Papá

1. Un hombre enterró mis pies en la arena. Era en la playa de Melilla. Recuerdo sus manos junto a mis piernas y la arena de la playa. Tengo en mis labios la pipa “Dr. Plumb”. No me trago el humo; ya sabes que no he aprendido a tragármelo. La pipa es de papá. Pienso que es posible que con ella sobre la mesa, papá intentara suicidarse en el penal.

12. En la caja de cartón tampoco había fotos de papá. Solo había la pipa “Dr. Plumb” y un grupo de cartas y documentos. La pipa “Dr. Plumb” es una pipa larga y con la cazuela bastante grande. Pienso que él, para usar una pipa tan grande, debería de ser alto. Pienso que papá quizá sería bajo y que para compensar se compraba una pipa tan grande.

44. Ni las fotos de Villa Ramiro ni las fotos de Madrid están cortadas. Solo a las fotos de Melilla les faltan pedazos que alguien ha cortado con tijeras.

50. Mientras te escribo, fumo la pipa “Dr. Plumb”. Es probable que con esta pipa en el bolsillo de su chaqueta oyera la sentencia. Entre las fotos que tienes de Melilla hay una en la que estoy disfrazado de *Pierrot*. Un hombre me tiene en sus brazos. Se ven solo sus manos y un trozo de las mangas de la chaqueta. El resto está cortado con tijeras.

56. Yo fumo siempre la pipa “Dr. Plumb” de papá, mamá.

57. Tú misma me lo habías hecho. Yo te dije que no me lo quería poner, pero tú dijiste que lo tenía que llevar. Por eso, en el recreo, no jugaba y me quedaba sentado en un banco; por eso, siempre que podía me quedaba con el abrigo puesto en clase. Me preguntaste si quería el bolsillo en la costura o inclinado. Yo te dije que inclinado. Cuando el profesor me dijo que saliera a la pizarra y cuando me dijo que me volviese hacia mis compañeros, oí cómo uno de ellos dijo: —Atiza, pero si tiene un bolsillo horizontal, ¡debe de haberse puesto el pantalón al revés!

Abuela

2. Abuela decía que tenía que llevar el pito a la izquierda. Como yo lo llevaba a la derecha, abuela decía que yo era mariquita. Abuela decía a la gente que venía a casa, que yo era mariquita. Ahora el pito ya se me ha ido a la izquierda, como a todos los hombres.

15. Abuela me dijo que yo, como era tan mariquita, cuando fuera mozo no me atrevería a subir por la escalera y tú, como estabas en la capital, no viste cómo me escapé de casa y subí todos los escalones de la escalera de mano, hasta llegar arriba del todo.

19. Abuelo murió bajo el manto de la Virgen del Pilar, debajo del cual habían muerto tía Micaela y otras amigas de abuela y de tía Clara. Me dijisteis que entrara a verlo. Como me dijisteis que le besara, yo le besé. Como hacía algunos días que no le afeitaban su barba me picó. Me dijisteis que saliera del cuarto y yo salí. Entonces oí cómo tía Clara, que se había quedado en el cuarto del abuelo, rezaba: “Recomendaciones del alma. Ahora que voy a morir, Señor mío, acepto complacido los dolores y sufrimientos de mi agonía, a fin de ser merecedor del perdón de todos mis pecados”. Desde aquel día, rezamos el rosario en el cuarto del abuelo. Mientras rezábamos, abuelo se tiraba pedos debajo del manto de la Virgen del Pilar y yo agachaba la cabeza para que no se dieran cuenta de que me reía. Cuando abuelo murió ya no se tiró pedos.

26. El maestro de Villa Ramiro dijo que era una aurora boreal. La gente se apretaba dentro de la plaza mayor. El señor cura dijo que los revolucionarios habían incendiado los bosques. La plaza mayor estaba llena de gente. Días después, los

guardias civiles se llevaron al maestro. Abuela dijo que se lo tenía bien merecido por anarquista y por revolucionario.

28. Cuando decía palabras feas como pedo y como culo, abuela me ponía pimienta en la boca. Cuando me reía mientras rezaba el rosario, abuela me arrimaba las tenazas a la punta de uno de mis dedos; luego me salía una ampollita llena de agua.

31. Los Reyes Magos le regalaron a Elisa una casa de muñecas y a mí una máquina de tren. Sobre la máquina de tren y sobre la casa de muñecas, se podía distinguir el mismo letrero: "Recuerda a tu papá". Se lo dijimos a la abuela y ella nos retiró la máquina de tren y la casa de muñecas.

53. Abuela decía que para quitarme el miedo [a los cuervos del castillo] me dejaría una noche entera dentro del castillo.

65. Unos meses después de abuelo, abuela murió bajo el manto de la Virgen del Pilar. Tía Clara lloraba más fuerte que nunca junto a la ventana, mientras sus amigas la sostenían. Fue entonces cuando me encerré en el baño y mi risa fue tan violenta, que los ojos se me llenaron de lágrimas.

76. Abuela se reía cuando lo contaba. Tía Clara se reía cuando lo contaba. Abuela dijo que era antes del alba. Tía Clara dijo que serían las cuatro de la mañana. Abuela dijo que se pasaron al menos una hora cantando debajo de la ventana del maestro. Tía Clara dijo que el muy hereje ni rechistó. Abuela dijo, cuando se lo llevaron, que se lo tenía bien merecido por anarquista. Tía Clara dijo, cuando se lo llevaron, que se lo tenía bien merecido por ateo. Abuelo, cuando se lo llevaron los guardias civiles, fumaba.

Tía Clara

6. Tía Clara dirigía todas las noches el rosario. No era entonces cuando se me ponía dura y cuando tenía que cubrirme las ingles con las faldillas. Era al final cuando se me ponía dura. Era entonces cuando tía Clara rezaba *padrenuestros* por sus intenciones. Era entonces cuando abuela le indicaba intenciones para rezar *padrenuestros*. Se me ponía dura y la puntita se me mojaba mientras contestaba a los *padrenuestros* de las intenciones de tía Clara y abuela cada noche más numerosas.

14. Tía Clara me lavaba frotándome con un estropajo. Mientras me frotaba con el estropajo, sentía el cuerpo de tía Clara sobre mi espalda.

27. Ella dijo que la azotara más fuerte. Entonces, con la correa, la azoté más fuerte. Ella me dijo gritando: "Más fuerte y más deprisa". Mientras azotaba a tía Clara oía su respiración. Me escondí de ti, pero tú no me reñiste aunque hice una gran mancha en el calzoncillo. Como tía Clara se sacrificaba por el alma de abuelo y abuela, tenía que azotarla muy fuerte, y por eso ella no chillaba. Tenía la espalda blanca. Se ponía de rodillas y se tapaba los ojos con las manos. Luego, se iba a su cuarto corriendo.

32. Me llamaba y yo acudía a su cuarto. Me esperaba desnuda, boca abajo, sobre las sábanas blancas. Un crucifijo de metal presidía su cuarto. La azotaba con mi correa y ella no rechistaba porque yo ya había aprendido a pegarle fuerte. Tenía la

espalda blanca, el trasero blanco con sus dos hoyitos y las piernas blancas. Luego se tapaba deprisa, con las sábanas y, gritando, me pedía que me marchara del cuarto. Y yo me marchaba, con los calzoncillos manchados, corriendo por el pasillo.

39. Comíamos los cuatro en torno a la mesa camilla. Cuando mi rodilla tocaba la de tía Clara, yo la separaba. Yo, en la mesa, no hablaba a tía Clara.

46. Tía Clara me lo puso en la parte alta del muslo y lo ajustó. Tú no sabías nada y yo nunca te conté nada. Luego, fuimos juntos a misa y a comulgar. Mientras andaba me hacía daño y cojeaba. Cuando llegamos a casa, tía Clara me remontó el pantalón y me quitó el cilicio. Estaba tan apretado que cuando me lo sacó, el dolor se hizo más fuerte y me saltaron unas gotas de esperma. Luego, de rodillas rezamos y, más tarde, tía Clara, de espaldas, se tumbó sobre la cama, desnuda, y yo la azoté. Pero tú no supiste nunca nada ni yo nunca te dije nada.

51. Cuando la veía, no le decía nada y así nadie se daba cuenta de lo que pasaba. Si tenía que entrar en casa con ella, me esperaba para no tener que subir las escaleras juntos y, si alguna vez la veía por la calle, me iba en dirección contraria. Pero tú no sabías nada.

58. Tía Clara me puso una toalla alrededor de cada muñeca, luego, me ató con una cuerda que unió a cada uno de los lados de la cabecera. Tía Clara no me puso una toalla en torno a los tobillos. Me los ató con una cuerda a los pies de la cama. Tía Clara me azotó con la correa, yo no chillé. Luego los cogió a los dos con sus manos frías. Yo le dije que eso no. Tía Clara dijo que Cristo había muerto en la cruz por los hombres, que Cristo no había dudado en sufrir por salvarnos. Tía Clara me los apretó poco a poco. Entonces yo chillé. Tía Clara respiraba como cuando yo la azotaba. Cuando todo terminó, tía Clara me dijo que tenía que ir a confesarme en seguida.

63. Tía Clara estaba sentada sobre una silla, leía. Tía Clara no llevaba medias. Tía Clara estaba descalza. Tía Clara tenía los pies desnudos y las rodillas desnudas. La falda de tía Clara no cubría sus rodillas, ni sus zapatos sus pies. Tía Clara llevaba una bata escotada y sin mangas. Yo veía a tía Clara leer y abanicarse a través de la cerradura.

71. Tía Clara, descalza, llevaba una cruz de madera y sus pies atados con unas cadenas. Cuando pasó frente a nosotros, abuela gritó: “¡Hija mía!”. El obispo pasó con una capa bordada de oro. Pasó un penitente con una cruz más grande. A sus pies llevaba dos gruesas cadenas de unos cuatro metros de largo. Las mujeres gritaron, algunos lloraron.

73. [Descripción de un nacimiento.] Para que se supiera de qué se trataba, en el borde puse: “Este es el portal de Belén en el que nació el Niño Jesús el día 4 de diciembre”. Por la noche, después de rezar el rosario, tía Clara dirigió unos villancicos y yo me senté sobre sus rodillas.

Yo

5. Llegamos a la plaza y nos sentamos en el tablado. Abuela y tía Clara también corrieron con nosotros, para no perderse la entrada de los toros. Como hacía mucho calor, abuelo se quitó la chaqueta y abuela y tía Clara se arremangaron las mangas.

10. Iba al colegio de monjas con Elisa. El día de tu santo te hacía un dibujo en una cartulina. Debajo del dibujo te ponía: "Viva Cristo Rey".

11. Mi cuarto, en Villa Ramiro, estaba en comunicación con el de Elisa. En ocasiones, durante la siesta, nos pegábamos con las almohadas. En el verano, como había chinches, un día por semana con un alfiler en la mano buscábamos los escondrijos que hacían. Me dormía rezando *padrenuestros* lo más deprisa que podía y sin moverme. Cuando inventaron los insecticidas dejé de dormirme rezando *padrenuestros*.

13. El médico ha dicho que tome remifón, PAS y estreptomycin. Cuando la enfermera entra, me doy la vuelta y me bajo el pantalón del pijama. Mientras me pone la inyección, yo me pellizco todo lo fuerte que puedo la cintura. El médico deja que fume, por eso utilizo la pipa "Dr. Plumb". El médico ha dicho que repose; yo, por eso, reposo. El médico ha dicho que ya puedo bajar a comer al comedor; yo, por eso, bajo. El médico ha dicho que tengo que quedarme un año más en el sanatorio; yo, por eso, me quedaré un año más aquí.

18. El primero llevaba la bandera nacional. En la ventana, la madre superiora estaba rodeada de otras monjas. Uno tras otro marchábamos todos los niños del colegio cantando eso de "España fue la nación que más gloria conquistó". En fila india, tras el abanderado íbamos todos. Y cantábamos eso de "La Virgen del Pilar dice". Y las monjas seguían el ritmo de la música sonando sus tapetas [palabra no recogida por el DRAE]. Y todos cantábamos aquello de "La Virgen María es nuestra redentora". Al final, la madre superiora gritaba tres veces: "¡Viva Cristo Rey!". Y nosotros respondíamos: "¡Viva!".

21. Cuando le mataron vi cómo le salía sangre a vomitones de la boca y cómo vacilaba de las patas tras mugir. Abuelo me explicó los tres tiempos que hay que ejecutar para matar bien a un toro.

24. No sé, mamá, si le gustaba... [recita su desconocimiento del padre].

25. En los cines, en los noticiarios sobre la guerra, veía aviones que caían envueltos en llamas. Cuando veía esto ponía los pies en el asiento y me encogía.

27. Me escondí de ti, pero tú no me reñiste aunque hice una gran mancha en el calzoncillo.

28. Por muchas ganas de orinar que tuviera, me aguantaba durante toda la clase de la madre Isabel. Cuando bajábamos al foso, después de la clase, jugábamos a quién meaba más alto contra la pared. Yo no ganaba. Mis amigos decían que era porque no sabía sacar el capullo, y por eso de nada me servía el retenerme de orinar.

34. Cuando llegamos a la puerta del cementerio nos pusimos en la cola. Abuela y tía Clara hablaban con las demás mujeres. Cuando nos tocó el turno, entramos. Como Elisa y yo nos colocamos en primera fila, no nos tuvieron que subir sobre los hombros como a otros niños. En la pared de enfrente estaban los cuerpos con las cabezas ensangrentadas. Las mujeres gritaban y escupían a los cadáveres. Tía Clara les echó con fuerza un puñado de arena. Luego, Elisa y yo hicimos lo mismo. Tú, como estabas en la capital, no lo viste.

37. Fue en matemáticas donde saqué mejores notas siempre. La monja de la escuela te dijo que la única asignatura que se me daba bien eran las matemáticas, a pesar de que no tenía memoria. En Madrid, el profesor te dijo que en la materia que más destacaba era en matemáticas.

38. Aquí, los niños no juegan a los toros. Aquí los niños juegan al escondite. Abuela me había dado una capa roja. Abuelo me había dado un palo que me servía de muleta. Poniendo banderillas, a mí me mató, varias veces, el toro; por eso, a la vez siguiente, tuve que hacer yo de toro. Abuelo me enseñó a dar chicuelitas, molinetes y verónicas.

40. Como salí de Melilla cuando solo tenía tres años, ya no me acuerdo de casi nada. Tú has sido la que me has contado la mayoría de las cosas. Yo me acuerdo de otras que tú no me contaste. Como de Villa Ramiro salí a los ocho años, me acuerdo de muchas cosas. Luego vivimos juntos en Madrid hasta que vine aquí. Abuela y abuelo murieron al poco de llegar. Vivíamos Elisa, tú y yo [y también] tía Clara. Cuando me dieron los quince días de vacaciones, fui a verte. Cuando me marché, me besaste en la puerta a oscuras para no gastar tanta electricidad.

41. Antes no tenía derecho a ir al parque. Ahora, en las horas libres, bajo al parque y doy un paseo hasta llegar a la roca. Antes no me dejaban fumar, pero ahora ya me dejan. La enfermera, el primer día, se rio cuando vio que me había metido el termómetro en la boca. Me dijo que tenía que tomarme la fiebre en el trasero. Antes comía en la cama, pero ahora ya como en el comedor.

45. [Provoca un incendio en la academia.]

47. Íbamos a la muralla y saltábamos por las troneras uno detrás de otro. Desde lo alto de la muralla veíamos los coches de los franceses que huían hacia Portugal. En el foso jugábamos al látigo con una taba. Al que le salía alto, era el rey; al que le salía bajo, era el verdugo; al que le salía espalda, pasaba, y al que le salía hueco, recibía tantos latigazos del verdugo como ordenaba el rey. Como abuela me tenía prohibido bajar al foso, procuraba no hacerlo. Como los amigos del colegio me llamaban mariquita si no los acompañaba, procuraba seguirles.

52. “Espíritu militar nulo”, habían escrito en mi cuaderno de notas. Me pegaste con el metro de madera. Yo me encerré en el retrete. Me miré en el espejo y lloré. Me dijiste que debía darte el gusto de aprobar el examen de ingreso en la Academia para que pudieras pasearte conmigo vestido de oficial del Ejército del Aire Español. “El alumno no muestra ningún interés por la milicia”. Cada quince días, los profesores escribían sus comentarios sobre mí; por eso tú me pegabas con el metro de madera, y por eso, luego, me salían cardenales en los brazos y en la espalda.

59. En Madrid no había cerdos, ni murallas, ni castillo. Aquí no he visto ni amapolas, ni asnos, ni fosos.

62. Cada año entraban noventa cadetes en el Ejército del Aire Español: cuarenta pilotos, cuarenta del cuerpo auxiliar de tropas de Aviación y diez de Intendencia. Aunque me llamaste mariquita, te dije que elegía Intendencia. Aquel día que la vecina te preguntó: “¿Pero será de Intendencia?”. Tú te callaste, y luego dijiste: “Sí”.

68. Tengo en mis labios la pipa “Dr. Plumb” que te robé del fondo del baúl que está en la alacena.

70. [El narrador conjuga el verbo *decir* sin más complementos que “sí”, “bueno” y “desde luego”.]

75. Primero ocurrió lo de tía Clara, luego fui a la iglesia, luego me puse en la cola para confesarme, luego llegó mi turno, luego le dije que fue en sueños, luego le dije que no había sido en sueños, luego le dije que había hecho un sacrilegio, luego salí de la iglesia, luego volví a casa, luego me metí en la cama y por fin recé *padrenuestros* hasta que me dormí. (Un demonio quemaba las almas sacrílegas en una celda del infierno.)

79. Ellos me dijeron que había que amar a la patria, que había que sacrificarse por ella, que había que sentirse orgulloso de sus héroes, que había que respetar el orden del país, que había que denunciar a los traidores, que había que odiar a los enemigos. Tú también me lo dijiste. Cuando yo les hice una pregunta, ellos me respondieron. Luego ya no hice preguntas.

Ellos me dijeron que la familia era sagrada, que había que respetar a los padres, que había que agradecerles el habernos criado, que había que obedecerles, que había que quererles hicieran lo que hicieran. Tú también me lo dijiste. Cuando yo les hice una pregunta, ellos me respondieron. Luego ya no hice preguntas.

Ellos me dijeron que teníamos que agradecer a Dios el habernos dado la vida, el no habérsela quitado, el habernos dado una posibilidad de salvarnos. Tú también me lo dijiste. Cuando yo les hice una pregunta, ellos me respondieron. Luego ya no hice preguntas.

Luego ellos me dijeron que tenía que hacer aquello, yo entonces ya no hice preguntas y lo hice. Luego me dijeron que tenía que ir por allí, yo entonces ya no hice preguntas y fui por allí.